



Aviso Legal

Artículo de divulgación

Título de la obra: ¿Qué hacer con quinientos años?

Autor: Zea Aguilar, Leopoldo

Forma sugerida de citar: Zea, L. (1988). ¿Qué hacer con quinientos años?. *Cuadernos Americanos*, 5(11), 127-137.

Publicado en la revista: *Cuadernos Americanos*

Datos de la revista:

ISSN: 0185-156X

Nueva Época, año II, núm. 11, (septiembre-octubre de 1988).

Los derechos patrimoniales del artículo pertenecen a la Universidad Nacional Autónoma de México. Excepto dónde se indique lo contrario, éste artículo en su versión digital está bajo una licencia Creative Commons Atribución-No comercial-Sin derivados 4.0 Internacional (CC BY-NC-ND 4.0 Internacional).

<https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/legalcode.es>



D.R. © 2021 Universidad Nacional Autónoma de México. Ciudad Universitaria, Alcaldía Coyoacán, C. P. 04510, México, Ciudad de México.

Centro de Investigación sobre América Latina y el Caribe Piso 8 Torre II de Humanidades, Ciudad Universitaria, C.P. 04510, Ciudad de México. <https://cialc.unam.mx/>
Correo electrónico: betan@unam.mx

Con la licencia:



Usted es libre de:

- ✓ Compartir: copiar y redistribuir el material en cualquier medio o formato.

Bajo los siguientes términos:

- ✓ Atribución: usted debe dar crédito de manera adecuada, brindar un enlace a la licencia, e indicar si se han realizado cambios. Puede hacerlo en cualquier forma razonable, pero no de forma tal que sugiera que usted o su uso tienen el apoyo de la licenciante.
- ✓ No comercial: usted no puede hacer uso del material con propósitos comerciales.
- ✓ Sin derivados: si remezcla, transforma o crea a partir del material con propósitos comerciales.

Esto es un resumen fácilmente legible del texto legal de la licencia completa disponible en:

<https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/legalcode.es>

En los casos que sea usada la presente obra, deben respetarse los términos especificados en esta licencia.

¿QUE HACER CON QUINIENTOS AÑOS?

Por *Leopoldo ZEA*
COORDINADOR GENERAL DE LA
COMISIÓN NACIONAL CONMEMORATIVA
DEL QUINTO CENTENARIO, MÉXICO

EN POCOS años llegaremos a ese 12 de octubre de 1492, fecha en que Cristóbal Colón se encontró con un continente extraño, un mundo fuera de la concepción que sobre él se tenía. Años después Américo Vesputio le daría su nombre: América. Motivos utilitarios, signo de los nuevos tiempos, más que piadosos, habían movido la empresa. La lejana Catay, de la que habló el veneciano Marco Polo, según los cálculos de Colón, debería ser más accesible por mar que por tierra. Sus ricas mercaderías irían más seguras por una vía distinta de las peligrosas tierras de las que dio cuenta en su relato el veneciano. Colón llevaba consigo una misiva de sus señores los Reyes Católicos, que financiaban su viaje, para el Gran Khan, dueño de esas lejanas tierras, para abrir comercio, aunque también para difundir el Evangelio solicitado por los mismos señores de la conquistadora Mongolia.

Si la Tierra era redonda, como sostenía Colón, existía la posibilidad de llegar a esas fabulosas regiones y a sus riquezas, marchando por mar hacia el Occidente, que no ya por los accidentados caminos terrestres marchando por el Oriente. Los cálculos de Colón resultaron ciertos, salvo que el mundo buscado, que parecía estar fácilmente al alcance de la codiciosa Europa, se encontraba aún más lejos de lo que se suponía. Entre Europa y Asia, marchando por el occidente, se interponía un gigantesco y desconocido continente, poblado por hombres y pueblos no imaginados por Marco Polo. Dicho continente se habría de atravesar frustrando los sueños de Colón, quien volverá inútilmente, una y otra vez, en busca del Gran Khan para entregar su misiva. Este no esperado encuentro, este gigantesco tropezón, cambiaría la historia, no sólo de Europa, sino de la misma Asia buscada anhelosamente y, por supuesto, la escondida historia del continente, que de esta forma

entraba a una Historia en la que no había existido a lo largo de los siglos.

El mundo encontrado no era el de los poderosos y aguerridos mongoles, dueños de Asia, ni el de los seguidores de Alá, por cuyos territorios había que pasar para poder comerciar con las riquezas del Lejano Oriente; tampoco el de los bravos isleños de Cipango, que habían resistido y vencido al Gran Khan, isla que Colón creía haber hallado. Lo encontrado era otro mundo, un continente que no parecía ser del Gran Khan, y por ello podría no tener dueño. En ese caso sería fácil tarea tomarlo para los señores cristianos, españoles y europeos y para mayor gloria de las incipientes naciones europeas; para mayor gloria de Dios pero también en provecho de quienes ponían en marcha la conquista de este gigantesco mundo. A partir de éste, el mismo mundo allende occidente, el de los propios pueblos asiáticos contra el que se habían estrellado múltiples cruzadas cristianas. Daba inicio otra historia que ahora sí abarcaría a la totalidad de la humanidad, conquista de todo el mundo, a partir de cuya redondez Cristóbal Colón ponía en marcha una nueva y no imaginada empresa.

Detrás de Colón y de España marcharían los navegantes de Portugal y, de inmediato, los de otras potencias europeas, para disputarse un mundo sin dueño y ampliar, con sus riquezas, las posibilidades de su predominio sobre el viejo continente. A la conquista de la América Meridional siguió de inmediato la de la América Septentrional y de todas las islas de los mares sobre las que Colón había puesto el estandarte de sus católicos señores. El gigantesco continente así encontrado no podría aplacar con sus riquezas la codicia de una Europa insatisfecha, encarnada poéticamente en el *Fausto* de Goethe. Por ello el continente americano servirá de enclave para la conquista y colonización del resto del mundo, incluyendo el de los feroces señores de Mongolia. Lo que Europa no pudo hacer de los siglos XI a XIII por tierra, lo hará fácilmente por los mares que Colón había sido el primero en surcar. A través de América, Europa se encontró con el resto del mundo, iniciando una nueva historia cuyas consecuencias se viven, quinientos años después, en el mundo como totalidad de nuestros días.

II

ESTAMOS llegando al Quinto Centenario de esta indiscutible hazaña que abrió otros horizontes a la historia de la humanidad. Horizontes que ahora se perfilan y hacen de las viejas concepcio-

nes e ideas en las que se encuadró tal hecho preocupaciones del presente. América no es ya el continente desconocido con el cual se tropezó el marino genovés. En América tiene ahora su asiento el más extraordinario centro de poder que conoce la historia. Centro de poder que impone su hegemonía al orbe entero, el mismo que la conquista y colonización posteriores al Descubrimiento de América hicieron posible. Centro de poder que ha revertido la ola expansionista sobre los mismos viejos centros de poder que lo originaron. Expansión planetaria, ya casi sin las justificaciones piadosas con las que se pretendió esconder la codicia mediante la cual la cruz justificaba a la espada. Al otro lado de esta América está la América creada por los mercaderes, piratas y emigrantes que venían en su mayoría de las tierras al otro lado del Canal de la Mancha, las tierras de Isabel de Inglaterra. Fue de esta América que surgió el extraordinario centro de poder que ahora circunda al planeta e impone su dominio y condiciones de existencia al resto de los pueblos de una Tierra cuyas dimensiones demostró Colón al comprobar su redondez.

Así, al norte de América se formó el más poderoso centro de poder de nuestros días, y al sur, los pueblos que surgieron de la conquista y colonización mestizadora de España y Portugal. Más allá de estas dos grandes regiones de la humanidad, los pueblos que en Asia, África y Oceanía sufrieron el efecto de la conquista y colonización iniciados en América. Y como réplica de esta misma América formada en la conquista y el coloniaje, surgieron las banderas libertarias contra el coloniaje impuesto; en el norte con la Revolución del 4 de julio de 1776 en los Estados Unidos y las que a continuación y a lo largo de la ahora llamada América Latina se pusieron en marcha en el continente y el Caribe a lo largo del siglo XIX. Son estas mismas banderas las que se vuelven a levantar en nuestros días en Asia, África y Oceanía.

Es dentro de este horizonte, el propio del mundo contemporáneo, que se orienta el enfoque del Quinto Centenario del llamado Descubrimiento de América, del cual se derivaron situaciones a través de las cuales los pueblos de la Tierra califican al mismo. Hace cien años, en 1892, en otra situación, España recordó y festejó el hecho como expresión de la extraordinaria hazaña de la historia española en el mundo. España era todavía en esa fecha el imperio que aún mantenía algunas colonias en las Antillas y el Pacífico. Era la última expresión de la España imperial de la cual se había emancipado el continente hispanoamericano. Era la España en vísperas de la confrontación con la América de los nietos de Isabel Tudor. Confrontación con la cual se inició la

expansión de la misma nación que en América levantó las banderas del anticolonialismo y se prepara ahora a ocupar el vacío de poder que iban dejando los viejos colonialismos europeos. Es la España que aún debería liberarse de sí misma, como decía el transterrado español José Gaos. Esta España es la que ahora ha alcanzado la liberación que a lo largo del siglo XIX fue posible en América. La España de nuestros días, para la cual ese 12 de octubre de 1492 tiene un sentido distinto del que tuvo para la España imperial de hace cien años.

Los Estados Unidos recuerdan y se preparan para festejar ese 12 de octubre de 1492 como la fecha en que se inició la gestación de una nación de grandeza peculiar, y por peculiar limitada a sus exclusivos creadores. Nación, isla de libertad y democracia insulares y, por ello, ajenas a cualquier otra expresión que no tenga su origen en esas sus especiales experiencias. Se recuerda y se festeja como el inicio de la formación de la más grande Nación de la tierra y del más extraordinario poder que la historia ha conocido como hazaña italiana y no española. La Iglesia católica, por su lado, recuerda en esa misma fecha la expansión de la cristiandad sobre pueblos que por siglos habían quedado, gracias a extraños designios de la Providencia, bajo el dominio del pecado, de Satán. Los que no quieren saber nada de un recuerdo festivo de esta fecha son los pueblos indígenas que sufrieron las consecuencias de la conquista y colonización tanto en América como en Asia, África y Oceanía. Nada de recordar una fecha en la que se inició la subordinación de estos pueblos, en nombre de la cristiandad o del progreso, pueblos cuyos hombres fueron vistos como homúnculos o parte de la flora y fauna por utilizar o destruir.

Otro va siendo, igualmente, el punto de vista de la América que fue descubierta, conquistada y colonizada por la Iberia que patrocinó y siguió a Colón. Una América que ha adoptado el nombre de Latina para distinguirse de la Sajona, y de esta forma recoger también la ineludible herencia racial y cultural que impuso la colonización ibera. América Latina, decía José Vasconcelos, porque en ella se recoge el sentido de la vieja latinidad romana que incorpora razas y culturas originando así la América de nuestros días. La América que recibió los efectos de pueblos cuya codicia y fe no impidieron la mestización con quienes se enfrentaban. Distinta esta América de la otra América puritana y que por puritana considera el mestizaje como rebajamiento de su propia y peculiar concepción de lo humano, otra América, por el contrario, formada por sangres y culturas enfrentadas: las del conquistador y las del conquistado. La América de la que hablaba

Simón Bolívar. Una América que a lo largo de los siglos ha aprendido a integrar lo que no debe estar separado y ha hecho del brutal enfrentamiento de la conquista y la colonización la materia constitutiva de una raza étnica y culturalmente más rica que las razas excluyentes. Para esta América el 12 de octubre de 1492 ha de ser objeto de reflexión. De reflexión, no de festejo, porque no se puede festejar el inicio de violencia alguna del hombre contra el hombre. Toma de conciencia de lo que esta América ha llegado a ser pasando por el sufrimiento de la dominación y el sufrimiento que ha implicado la insistente lucha por su liberación.

¿Descubrimiento? ¿Encuentro? ¿Encubrimiento? ¿Invencción? ¿Tropiezo? Diversos sinónimos para calificar una fecha histórica de acuerdo con los sentimientos que abriguen los que así la califican. Pero, dígase lo que se diga, piénsese lo que se piense, todo eso es ya historia y el 12 de octubre de 1492 un ineludible hecho histórico. Y por histórico irreductible al cambio, con independencia de los enfoques e interpretaciones que se hagan de él. Un hecho que, como tal, no puede ser ya cambiado. Por ello lo importante será preguntarnos, tanto iberos como iberoamericanos al uno y al otro lado del Atlántico, ¿qué vamos a hacer con esos quinientos años? ¿Tienen aún algo que ver con nuestro presente y por ende con las posibilidades de nuestro futuro? ¿Existe, por allí, algo común a iberos e iberoamericanos como consecuencia de este hecho?

Hecho histórico que para merecer nuestra atención, quinientos años después, ha de explicar nuestro presente y al explicarlo posibilitar el futuro que el mismo está originando. No se puede ver ese ya largo pasado como lo que fue y no puede volver a ser, ni como lo que no debió haber sido. Un hecho que no puede ser objeto de festejo ni de repudio, sino de una reflexión creativa que nos permita planear un futuro común, el propio de pueblos ineludiblemente ligados por una historia que, quiérase o no, es común. Como comunes son los problemas que ha originado ese peculiar modo de ser de iberos e iberoamericanos. Ese pasado, esa historia, no pueden ser simplemente pasado e historia a los que se puedan volver los ojos convirtiéndolos en estatuas de sal. Por el contrario, tal pasado ha de ser instrumento del futuro peculiar y común de nuestros pueblos. Un pasado que ha de dar sentido a nuestro presente abriendo el horizonte de un ineludible futuro. ¿Qué vamos a hacer, entonces, con esos quinientos años de nuestra historia? Será, dentro de esta preocupación, que el 12 de octubre tenga un singular interés, que no se puede agotar en una simple rememoración rutinaria de cien en cien años.

III

Los pueblos a uno y otro lado del Atlántico, europeos y americanos, se ignoraban mutuamente. Quizá los indígenas tuviesen, por razones especiales, una mayor conciencia de la existencia de otros hombres y otros pueblos al otro lado de sus mares. Los europeos sólo sabían de pueblos al este de sus tierras con los cuales ya habían entrado en contacto en muchas etapas de su historia. Sabían ya, de alguna forma, de la existencia de los fabulosos pueblos y sus no menos fabulosas riquezas en el extremo oriente, al igual que de mares al otro lado de Catay. Eran estas tierras las que motivaban no sólo su curiosidad sino en especial su codicia. Para llegar a ellas los portugueses daban la vuelta al continente africano. Colón trataría de mostrar lo que parecía ser el camino más corto, marchando por occidente, hasta tropezar así con la que sería América. América poblada por extraños hombres que habitaban ciudades nunca antes imaginadas. Colón en sus cartas hace expresa su sorpresa, la sorpresa del encuentro con algo de lo que no se tenía noticia. América emergerá, pura y simplemente, de la nada. Una nada que habría de ser llevana, encubriéndola con lo propio del mundo que era familiar a los europeos, con la imagen de tierras por ellos buscadas al oriente de su propia ecumene. ¡Debe ser Asia! ¡Ha de ser el fabuloso reino del Gran Khan! Otros navegantes mostrarán que no es Asia y que no se ha llegado a las Indias. En todo caso se trata de otras Indias que se denominarán Occidentales. Es algo antes oculto que se impone. Parece que Dios ha vuelto a crear algo de la nada. La nada que ocultaba algo que, aunque existente, estaba sólo en la mente del Creador de toda la naturaleza. América es, así, antes que nada, un milagro. Algo que está fuera de la concepción familiar, cotidiana, del que se ha encontrado con ella creyendo encontrar otra cosa. Los misioneros que acompañan a los conquistadores hablan de una tierra que, por razones que sólo Dios conocía, había quedado en manos del demonio. Por ello, la tarea de los cristianos iberos era la de rescatarla para Dios.

Preparados para tal misión parecían estar España y Portugal. La misma Iberia se enfrentaba al infiel morisco que había conquistado la Península, al que España derrotaría ese mismo 1492. Pueblos paganos, dejados de la mano de Dios, que por su descubrimiento estaban preparados para entrar en la cristiandad. La misma cristiandad que empezaba a fracturarse y acababa disputando la hegemonía sobre Europa. América era, en este sentido, un milagro al servicio de la fe abanderada por España. Todo un

continente pleno de hombres y riquezas que la Providencia había entregado a España para hacer prevalecer la verdadera cristianidad en Europa. Fue así que España y Portugal se acrecentaron, se prolongaron a sí mismos con su fe y sus intereses en el continente surgido del milagro. Tierras, vasallos y riquezas al servicio de la cruzada europea. Se cristianiza a indígenas para que, junto con las riquezas de la región, se pongan al servicio de la católica cristiandad. Iberia se prolonga en América y al acrecentarse espera poder vencer la herejía que ya cunde en Europa.

Pero también de esta tierra ignota, de esta tierra surgida por milagro, hace la otra Europa encarnación de una Utopía. Crear lugar en donde no hay lugar. Moro, Bacon y otros, crean con la imagen de América la Utopía de lo que no puede existir en Europa. La Britania que quiere hacer realidad la Utopía, que nada quiere saber de la corrompida Europa simoniaca, venderá la indulgencia traficando con la salvación de los hombres. El mundo que ha creado en América nada tendrá que ver con Europa. Europa no se prolonga en América como Iberia, sino que hace de ella carne de sus sueños. La misma concepción insular que caracteriza a la Inglaterra de los Tudor va a proyectarse en la América Sajona que va a disputar el resto a Iberia. De la misma Britania saldrán los hombres que han de hacer un Nuevo Mundo, no una nueva Europa. Una nación libre del pasado en el que predomina el dogmatismo. En las tierras al otro lado del Atlántico el hombre ha de realizarse a sí mismo, y la Providencia estará con él si demuestra, por su éxito, servirla sirviéndose a sí mismo. América como instrumento para crear el futuro y no para afianzar el pasado. Pero el futuro de los hombres que no quieren seguir siendo lo que son, europeos. Y en este futuro los naturales de la región son sólo parte de la flora y fauna para ser utilizada o eliminada.

El continente con el que se ha encontrado Cristóbal Colón será el punto de partida de la expansión europea sobre el resto del mundo, que de esta forma entra a la historia del Viejo Continente. América, como creación, será a su vez el punto de partida de los movimientos de liberación frente a la expansión sufrida. El anticolonialismo se expresará tanto en la América Sajona como en la América Latina. Anticolonialismo que en el siglo xx se extenderá al resto de los pueblos que en Asia y África sufrieron la misma expansión. Enclaves de libertad como antes fueron enclaves de expansión colonial, tomando en una y otra América las formas derivadas de su propia experiencia histórica y cultural. En los Estados Unidos la liberación se limitará a esa región y no verá

en la liberación de otros pueblos sino un instrumento para garantizar su peculiar e insular libertad. En la América Latina, por su misma formación mestiza, racial y cultural, la liberación irá adquiriendo un sentido ecuménico y plural, abierto a la liberación de otros pueblos.

IV

EN el continente encontrado por Colón se originan dos ideas de libertad en respuesta a la conquista y la colonización sufridas. La libertad propia de todos los hombres, como necesaria condición para la formación de democracias a las que puedan tener acceso todos ellos sin condición previa alguna. Pero también la libertad en otro sentido, que será restringida a un determinado grupo de hombres y de pueblos y, con ella, la formación de democracias insulares, propias de estos hombres y pueblos. Diversidad de la que se originaron múltiples conflictos que en nombre de la libertad y la democracia se plantean en el continente. Conflictos entre pueblos que reclaman como algo esencial a todos los hombres y pueblos que los consideraron como de su exclusivo patrimonio, a partir de los cuales juzgan y califican cualquier otra expresión de libertad y de democracia que no sean las propias.

La concepción abierta, plural, de libertad y de democracia tiene su origen en esa formación mestiza de los pueblos iberoamericanos, al uno y al otro lado del Atlántico. Iberia, cuya peculiar historia la lleva a mestizarse racial y culturalmente con pueblos al otro lado del Mediterráneo y la prepara para hacerlo, igualmente, con pueblos y culturas al otro lado del Atlántico. Mestizaje que ha sido, sin embargo, la raíz de los problemas de identidad que han planteado y se plantean en Iberia y en la América Latina. Problemas de identidad en relación con pueblos al otro lado de los Pirineos o a la otra orilla del Río Bravo, en relación con la Europa occidental o con los Estados Unidos; en relación con pueblos que falsamente son considerados puros en su sangre y su cultura. ¿Qué somos?, preguntan libertadores y civilizadores de la América Latina, como también se lo han venido preguntando los españoles a partir del desmoronamiento del Imperio donde nunca se ponía el sol. ¿Ser como los Estados Unidos o ser como la Europa al otro lado de los Pirineos? Y a partir de este interrogante y esta preocupación el empeño en la búsqueda de modelos de gobierno y de cultura por imitar con abandono de lo que es naturalmente propio en ambas regiones, como ha sido propio de los pueblos erigidos en modelo.

La preocupación expresada en Latinoamérica por semejarse a este o aquel modelo europeo o estadounidense, se ha hecho igualmente expresa en España. Bolívar y Sarmiento se preguntaban ¿qué somos? ¿americanos o europeos? En España surgen preguntas como ¿qué somos?, ¿godos o moros?, ¿germanos o mediterráneos? La múltiple y por ello rica identidad que se fue formando en una y en otra región, Iberia y Latinoamérica, será vista como un defecto, como degradación y por ello como obstáculo a la búsqueda sajonización y europeización. Pero es precisamente esta identidad diversa, plural, la que ofrece la posibilidad de una libertad y una democracia abiertas a todos los hombres, cualesquiera sean su raza y su cultura. España, que con su hazaña dio origen en América a ese mundo rico y diverso de lo humano, sin por ello dejar de ser tal, se ha venido preocupando por el reconocimiento de ser europeo. Preocupada porque los pueblos al otro lado de los Pirineos reconozcan y acepten a España como una nación europea. Pero ¿tiene España necesidad de tal reconocimiento? España es parte indiscutible de Europa y su cultura, es parte de su historia. Pero España y Portugal son algo más que parte de la historia de Europa; son ya parte indiscutible de la historia del mundo. En ese 12 de octubre de 1492, cualquiera sea el calificativo que se le dé, se abrieron a Europa horizontes que la trascendieron. Horizontes por los que Europa transitó, siguiendo a España, ampliándose a sí misma. España no sólo es europea, no sólo es parte de la historia de Europa; es también parte esencial de la historia de América y, al serlo, es parte esencial de una universalidad histórica nunca antes conocida. Es esta peculiar identidad ibérica de los pueblos al uno y al otro lado del Océano la que debe asumirse. Y a partir de esta asunción hacer realidad posibilidades que han de ser propias de una auténtica libertad y democracia. No ya la libertad y la democracia europea o sajona, sino la libertad y la democracia de las que todos los hombres y pueblos del mundo puedan ser partícipes sin restricción alguna.

Un maestro español que al transterrarse a la América de Colón se iberoamericanizó, José Gaos, habló de esa peculiar idea de libertad y democracia comunes a los pueblos hispanos al uno y al otro lado del Atlántico. "España —escribió Gaos en 1942 en *Cuadernos Americanos*— es la última colonia de sí misma, la única nación hispano-americana que del común pasado imperial queda por hacerse independiente, no sólo espiritual, sino también políticamente". Una preocupación común de libertad compartida por los pueblos al uno y al otro lado del Atlántico, frente a un dominio imperial igualmente común, iniciado ese 12 de octubre

de 1492. En una y otra región, en España y en Latinoamérica, se fue enfrentando, rompiendo, la dominación impuesta, pero no para caer en nuevas formas de sujeción y colonialismo, sino para asumir la libertad que pueda permitir una democracia cuyo modelo, por su amplitud y pluralismo, no se ha dado en ninguna región de la Tierra. Por ello, la relación que en el presente han de guardar entre sí los pueblos ibéricos y los que forman Iberoamérica no puede ser ya la anacrónica relación paternalista derivada de la Colonia. La relación ha de ser fraterna, solidaria, horizontal. La relación de Hermana Patria, que ya no de Madre Patria. Una relación que ese mismo 12 de octubre de 1492 igualmente originó la de dominación. Cuando el rey Juan Carlos de España recibió el Premio "Simón Bolívar" en el bicentenario del nacimiento del Libertador, el 24 de julio de 1983, lo aceptó y le fue otorgado no como expresión de servil pleitesía sino como reconocimiento a lo que su persona ha significado y significa para esa España democrática de nuestros días, que tanto le habría gustado ver a mi maestro José Gaos. El rey Juan Carlos, en su momento y en otras circunstancias, hace por España lo que Simón Bolívar hizo, en su momento, por diversos pueblos de la América ibera al otro lado del Océano.

De esta peculiar expresión de liberación que ha de alcanzar a todos los pueblos de la Tierra habló, en su momento, Andrés Bello, el joven maestro del joven Bolívar. Una idea de libertad común a españoles e iberoamericanos. En las luchas por la independencia de los pueblos hispanoamericanos, España luchó contra sí misma en América, como venía luchando en la Península. La España imperial se estrelló contra la España que a lo largo de la historia había luchado por la libertad de los hogares. "La nativa constancia española —escribe Bello— se ha estrellado contra sí misma en la ingénita constancia de los hijos de España. El instinto de patria reveló su existencia en los pechos americanos, y reprodujo los prodigios de Numancia y de Zaragoza. Los capitanes y legiones veteranos de la Iberia transatlántica fueron vencidos y humillados por los caudillos y los ejércitos improvisados de otra Iberia joven, que abjurando del nombre, conservaba el aliento indomable de la antigua defensa de sus hogares". Una idea de libertad y de democracia distintas de las que se han alzado al otro lado de los Pirineos y del Río Bravo; ideas de libertad propias de los pueblos que se han formado en América y la Península Ibérica a partir de ese 12 de octubre de 1492. En esta fecha también se inicia la conquista del orbe entero, se va también forjando la respuesta libertaria frente a la dominación. En América se inicia la colonización de la

Tierra, pero también allí se inicia la acción por la liberación de la misma. Iberia no sabe del republicanismo sajón; por el contrario, la arrogancia de sus hombres parecería impedir tal posibilidad. "Pese a ello, dice el mismo autor, había semillas de magnanimidad, de heroísmo, de altiva y genérica independencia". Fue también esta parte de la herencia recibida por los pueblos mestizos que surgieron en América, "algo más había en esas cualidades —concluye Bello— que la estúpida insensatez de la esclavitud".

La hazaña española del descubrimiento, la expansión y la conquista iniciada ese 12 de octubre de 1492 puede ser calificada de múltiples formas y siempre con razones para hacerlo. Pero para nosotros, los iberoamericanos al uno y al otro lado del Atlántico, este hecho ha de tener el sentido propio de los pueblos que a partir del mismo se formaron. No hay que insistir en lo que ya fue y que, por tanto, no puede ya ser de otra manera, sino en lo que se ha llegado a ser y a partir de lo cual se puede ser de otra manera. De allí la importancia de preguntarse respecto de lo que se va a hacer con quinientos años de historia común, con la historia en la que se han formado nuestros pueblos al uno y al otro lado del Océano. Preguntarse cómo esos quinientos años han de ayudar o han de pesar sobre nuestro futuro. Quinientos años de los que han surgido pueblos cuya identidad empezó siendo vista como conflictiva, pero que ahora, por el contrario, se considera una identidad rica en posibilidades por estar abierta a todas las expresiones de lo humano. Punta de partida, posibilidad, para una libertad que no se haga depender del dominio de unos sobre otros, una democracia que sea expresión de las ineludibles libertades. Hombres y pueblos en una relación solidaria y no de dependencia alguna. Solidaria sin que esto implique renuncia alguna a peculiaridades propias de todos los hombres y pueblos como entidades concretas que son y no abstractas. Hombres y pueblos iguales entre sí, pero no tan distintos que unos puedan ser más hombres que otros. Iguales por ser diversos, esto es, hombres y pueblos con ineludible individualidad y personalidad.